

## APRENDIENDO A CAMINAR RECTOS

Si me llamara Claudia, Alberto, Antonia o Margarida probablemente tendría otra perspectiva de la vida, però me llamo Lucas y vivo en un estado de contradicción permanente que, sinceramente, es agotador. Imagino mi cerebro como un campo de batalla de alta intensidad, un escenario de película bélica de bajo presupuesto donde el "Lucas Ideal" —ese que ha devorado ensayos de Judith Butler y sabe que el patriarcado es una construcción social más sólida que el hormigón armado— se enfrenta a bayoneta calada con el "Lucas de a pie". Este segundo Lucas es el que creció consumiendo comedias románticas de los años 2000, esas donde el acoso persistente se vendía como "tenacidad romántica" y donde, si una chica te decía que no, lo que en realidad quería decir según el guion era: "por favor, persígueme por todo el aeropuerto mientras suena una balada pop de fondo".

Estaría escribiendo estas líneas mientras observo a mi abuelo, Manolo, intentar algo tan aparentemente sencillo, pero para él metafísicamente complejo, como pelar una manzana. Mi abuelo es un hombre que pertenece a una era geológica distinta, una donde los hombres tenían prohibido por decreto divino saber dónde se guarda el pelador de fruta. Para él, ver a un hombre manejándose con soltura en la cocina es como ver a un pingüino intentando aparcar un tráiler en un garaje: algo profundamente fuera de lugar, contraintuitivo y, francamente, un poco peligroso para la integridad física de los azulejos. Manolo es el tipo de persona que afirma que la igualdad "está muy bien para las noticias" y que "hay que respetar a todo el mundo", pero si mi abuela se retrasa cinco minutos en ponerle el plato de lentejas delante, entra en un estado de desorientación espacial y existencial digno de un estudio clínico en Harvard. De repente, sufre una especie de ceguera selectiva: no sabe dónde están los cubiertos (que llevan en el mismo cajón desde 1974), olvida cómo funciona la gravedad y parece esperar que la cuchara levite por arte de magia desde la encimera hasta su mano. Es fascinante y aterrador a partes iguales.

Si fuera ese Lucas hipotético, me pasaría las noches preguntándome: ¿qué cosas de las que hago hoy, con toda mi buena intención y mi "deconstrucción" a cuestas, serán motivo de cancelación pública y escarnio en el año 2060? Me aterra la idea de que, cuando cumpla los sesenta y mi mayor preocupación sea el funcionamiento de mi próstata, venga un chaval de veinte a decirme: "Oye, abuelo Lucas, eso que acabas de hacer es una microagresión de manual, nivel 4, con agravante de sesgo cognitivo". Y lo peor de todo, lo que realmente me quitaría el sueño, es que probablemente ese chaval tendría toda la razón del mundo. Porque la evolución social es como un sistema operativo: lo que hoy es vanguardia, mañana es un error de código que ralentiza el sistema y que Todos miran con la misma cara con la que hoy miramos un video de instrucción social de los años cincuenta sobre cómo ser la esposa perfecta.

## APRENDIENDO A CAMINAR RECTOS

La realidad es que las violencias machistas no son siempre un estruendo, un grito o un golpe — aunque esa sea su cara más brutal y la que llena los minutos de silencio que nunca deberían existir—. A menudo, son una red invisible, un tejido de seda pero de acero, hecho de frases que hemos oído tantas veces que se han vuelto música de fondo, como ese hilo musical de ascensor que acabas tarareando sin querer. "Es que las mujeres sois más detallistas", "es que ella tiene más paciencia con los niños", o la joya de la corona, la frase que merece un monumento al cinismo involuntario: "Yo ayudo en casa". Cada vez que escucho esa palabra, "ayudar", siento un tic en el ojo derecho que amenaza con convertirse en una patología crónica. No "ayudas" en tu casa, querido amigo. No eres un voluntario de una ONG que pasa por allí los domingos por la tarde para hacerse la foto con los necesitados. Vives en ella. Eres un usuario a tiempo completo de los baños, la cocina y las sábanas limpias. No puedes ser el becario de tu propia vida adulta esperando que "la jefa" (otro término que me produce una urticaria instantánea) te pase la lista de tareas con dibujos para que no te pierdas.

Pero claro, ¿cómo le explico yo todo esto a mi tío Paco? Paco es un hombre excelente en muchos sentidos. Es el tipo de persona que se baja del coche en mitad de una autopista para rescatar a un perro abandonado y que se emociona de forma visible con los anuncios de turrón en Navidad, llegando a mojar el pañuelo con una intensidad shakesperiana. Tiene buen corazón, pero su visión de género se quedó congelada en algún momento criogénico entre el estreno de Rocky y el mundial de España 82. El otro día, en la cena familiar —ese campo de minas dialéctico donde el vino tinto actúa como suero de la verdad—, Paco soltó una de sus perlas mientras se servía otra copa: "Bueno, es que las chicas de ahora os tomáis todo a mal. Ya no se puede ni decir un piropo por la calle sin que te miren como si fueras un criminal de guerra que acaba de invadir un país vecino".

En ese momento, mi primera reacción instintiva fue querer lanzarle el pan de ajo directamente a la frente, buscando un impacto preciso que le reiniciara el cerebro. La segunda, la que intento cultivar para no acabar en una pelea familiar que arruine los postres y me deje sin tarta, fue respirar hondo, contar hasta diez en binario y reflexionar. Culpar al tío Paco de ser un producto cultural de los años setenta es como culpar a un Nokia 3310 por no tener conexión 5G ni poder jugar a videojuegos de última generación. No es que Paco sea un villano de película que conspira contra el progreso desde su sofá de skay; es que su hardware mental fue ensamblado en una fábrica que ya no existe y su sistema operativo tiene limitaciones severas de memoria RAM. Él cree sinceramente que "admirar la belleza" a gritos es un regalo que le hace al mundo, sin pararse a pensar que recibir comentarios no solicitados de un desconocido mientras vas a

## APRENDIENDO A CAMINAR RECTOS

comprar el pan no es un regalo, es una intrusión ambiental tan molesta como un mosquito en la oreja a las tres de la mañana.

Lo que nadie te advierte cuando decides que quieres ser un aliado, o simplemente una persona mínimamente consciente en el siglo XXI, es lo espantosamente cansado que resulta. Es una vigilancia constante, un radar interno que nunca se apaga y que agota más que correr una maratón con botas de agua. Es como jugar al Tetris en el nivel más alto de velocidad mientras una multitud te grita instrucciones contradictorias al oído y un gato intenta saltarte encima. Si fuera Lucas, mi día a día sería un escaneo constante de incoherencias. Por ejemplo, vas en el autobús escuchando el último éxito de reggaetón. El ritmo es pegadizo, la base es increíble, pero de repente te paras a analizar la letra y te das cuenta de que el cantante está describiendo, básicamente, un secuestro emocional con tintes de acoso obsesivo y una falta de respeto total por las órdenes de alejamiento. Y ahí estás tú, intentando separar la obra del autor mientras tus pies siguen el ritmo de una letra que te hace querer pedir perdón a toda la humanidad por tener oídos.

O el grupo de WhatsApp. Ese rincón oscuro y húmedo de la tecnología llamado "Los Chavales" o "Fútbol y Birras". De pronto, alguien comparte un vídeo o una foto que no debería estar ahí, un contenido que denigra a alguien o que se ha compartido sin el más mínimo rastro de consentimiento. Y tienes que ser tú el "pesado", el "aguafiestas", el que escribe: "Tío, eso no mola, bórralo y vete a que te dé el aire". Es una posición socialmente incómoda, el equivalente digital a ser el que corta la música en una fiesta cuando todos se lo están pasando bien, pero es la diferencia entre ser un espectador pasivo o un cómplice con pulgares activos. Es agotador tener que ser el guardián de la moral del grupo mientras lo único que querías era saber a qué hora es el partido del domingo.

Incluso en el terreno romántico la cosa se complica. Estás cenando con alguien que te gusta y, a mitad de una explicación apasionada sobre por qué el cine expresionista alemán es la base de todo el cine de terror moderno (un tema que tú consideras fascinante), te detienes en seco. Te asalta el pánico: ¿estoy haciendo mansplaining? ¿Llevo quince minutos hablando sin dejar que ella diga ni "hola"? ¿Le interesa realmente Murnau o está siendo educada mientras planea su fuga por la ventana del baño usando el hilo dental? Esos microinfartos de conciencia son el pan nuestro de cada día. A veces desearía ser un microondas. Un microondas no tiene crisis de identidad de género. Un microondas no se cuestiona si su forma de calentar la comida es intrínsecamente patriarcal. Él calienta el café de ayer, emite un pitido satisfactorio y se apaga.

## APRENDIENDO A CAMINAR RECTOS

No se pregunta si el hecho de que el botón de "Descongelar" sea más grande que el de "Potencia Máxima" es una metáfora de la fragilidad masculina. El microondas solo existe. Yo, en cambio, tengo que gestionar mi privilegio mientras intento no tropezar con mis propios cordones de deconstrucción.

Sin embargo, en medio de este caos de dudas y tíos que no entienden el concepto de consentimiento verbal, aparece mi hermana pequeña, Sofía. Ella tiene doce años y es, posiblemente, el ser humano más avanzado que conozco; a veces dudo de si es de mi misma especie o una enviada de una civilización futura más inteligente. Sofía no pide permiso para existir; ella simplemente ocupa su espacio con una naturalidad que a mí me costó años de terapia imaginar. Hace unos meses, un niño en su colegio, imbuido de una sabiduría rancia heredada de vete a saber qué canal de YouTube oscuro, le dijo que "el fútbol no es para niñas porque no tenéis la misma fuerza ni la misma visión de juego". Sofía, que tiene la paciencia de un monje budista pero la competitividad de un tiburón blanco con hambre, no se puso a llorar ni fue a quejarse al director. Simplemente le pidió el balón, le metió un gol por la escuadra que dejó al chaval buscando su dignidad en el césped, y luego se acercó a él para explicarle, con una sonrisa gélida, que la biomecánica aplicada al impacto de un esférico no entiende de cromosomas, sino de vectores, potencia de cuádriceps y de no quedarse mirando las musarañas mientras te regatean.

Ella es mi brújula. Si Sofía vive en un mundo donde no siente la necesidad de pedir disculpas por ser inteligente, fuerte o ruidosa, entonces mi cansancio vale la pena. Si mi esfuerzo por no ser un "Paco" ayuda a que el patio del colegio sea un lugar un poco más justo para ella, entonces acepto el tic en el ojo y el análisis tedioso de las letras de las canciones de moda. Educar a los adultos en igualdad es un deporte de riesgo, como intentar bañara a un gato que ha visto demasiadas películas de acción: requiere una paciencia infinita y la aceptación de que vas a salir con arañazos en los brazos. He aprendido que no se educa a base de discursos de tres horas desde un pedestal de superioridad moral, porque eso solo hace que la gente desconecte y se ponga a pensar en qué va a cenar. La educación real ocurre en las grietas de la cotidianidad, entre el plato principal y el postre.

Hace poco, Paco volvió a la carga con un comentario sobre una vecina: "Mira esa, con lo mayor que es y qué falda lleva, si es que va provocando que la miren y luego se quejan". Sentí el impulso de soltarle un sermón sobre la autonomía corporal, pero en lugar de eso, probé la táctica del "espejo cómico": "Tío Paco, el otro día te pusiste esa camisa de cuadros naranja que brilla

## APRENDIENDO A CAMINAR RECTOS

en la oscuridad. ¿Te la pusiste para 'provocar' que el frutero te mirara las abdominales o porque te gustaba el color?". Tras un momento de confusión, Paco respondió que se la ponía porque se veía guapo. "Pues ella igual, tío", le respondí. "A lo mejor resulta que tú no eres el centro gravitacional de su armario". Ver su cara de desconcierto fue mejor que cualquier aplauso académico. Fue un pequeño "clic", un tornillo que se apretó en la estructura de su pensamiento.

A pesar de ser un hipócrita funcional que cruza la calle de noche para no asustar a las mujeres (una incoherencia necesaria que me hace sentir como un ninja de la cortesía), creo que estamos avanzando. Me pregunto cómo será el mundo cuando yo tenga sesenta años. Imagino a mis futuros nietos mirándome como si fuera un fósil viviente, preguntándome si de verdad en mi época la gente se peleaba por quién tenía que fregar los platos basándose en lo que tenían entre las piernas. Y yo les diré que sí, que éramos una especie muy lenta y un poco tonta, pero que estábamos intentando mejorar el software. Ser coherente es agotador, sí, pero es el único camino que no lleva al abismo. Así que, aunque me duelan los pies de tanto cuestionarme y aunque tenga que aguantar las bromas de los "Pacos" del mundo, seguiré intentando que el futuro sea un lugar donde nadie tenga que explicar por qué tiene derecho a ocupar su espacio. Porque al final, entre tropiezo y tropiezo, estamos aprendiendo a caminar rectos.